

con toda su criminalidad y su ridículo. ¡Huid de mí, pensamientos fugaces y deseos de un momento, imágenes voluptuosas, en que no me detuve más que lo que era necesario para hacerme culpable; complacencias encubiertas hasta para mi propio corazón, que se abandonaba á vosotras casi sin apercibirse, y que olvidé al momento de cometida la falta! Todo se me presenta ahora en su realidad, es decir, como verdaderos pecados; como tales los miro, y como tales los ve todo el mundo. ¡Ay! Todo el mundo ve también esos vergonzosos excesos, que apenas me atrevía á confiar, temblando, á las tinieblas de la noche, en la soledad de mi habitación, y que tuve muy buen cuidado de olvidar inmediatamente despues de haberlos cometido, por consecuencia del rubor que me causaban; y ahora son conocidos de mis superiores, de mis iguales, de mis súbditos, de mis amigos, de aquellos á quienes tenía más interes de ocultarlos con mil mentiras, perjuros y ficciones. ¿De qué poco me ha servido el ocultar ciertas cosas al ministro de Dios en el tribunal de la penitencia, si hoy aparezco con toda la impureza, con toda la ignominia de mi alma, tal como he sido realmente, si todo el mundo me conoce, y puede reirse y burlarse de mí? «Yo revelaré, dice el Señor, tu desnudez á las naciones; Yo descorreré el velo de tu ignominia á reinos enteros.» (1). La luz divina, como ilumina todas las almas y penetra todos los corazones, no sólo descubre todas las tenebrosas abominaciones, toda la profunda malicia de los pecadores, sino que pone también de manifiesto todos los nobles designios, toda la verdadera santidad de los justos. El grande Apóstol ha dicho: «Dios iluminará los secretos de las tinieblas; pondrá de manifiesto los pliegues más ocultos del corazón» (2).

¡Gloria, pues, y triunfo á los humildes hijos de la Iglesia, á los verdaderos servidores de Dios, á los adictos discípulos de Jesucristo, á los observadores fieles de todas las leyes del Cristianismo!..... En el mundo fueron reputados por espíritus limitados, almas débiles y gentes preocupadas. Su asiduidad á la Iglesia fué tachada de inclinacion á la ociosidad; su devocion,

(1) Ostendam gentibus nuditatem tuam et regnis ignominiam tuam. (Nah., iv.)

(2) Illuminabit abscondita tenebrarum, manifestabit consilia cordium. (I, Cor., iv.)

de prácticas supersticiosas; su mortificacion, de piadosa extravagancia; su reserva, de singularidad afectada; su modestia, de timidez escrupulosa; su alejamiento del mundo, de misantropía; el perdón de las injurias y la aversion á la venganza, de abyeccion y de bajeza; su oposicion al torrente corruptor de las máximas y costumbres escandalosas, fué igualmente calificada de originalidad extraña. Pero hoy que la humildad no oculta ya su heroísmo, hoy que se han disipado las tinieblas voluntarias en que envolvieron su virtud, hoy aparecen tales como fueron en realidad. Todos los juicios que acerca de ella se formaron, han cambiado; todas las almas péfidas, todas las lenguas maldicientes y sacrilegas que se atrevieron á tender sobre ella el velo de la calumnia y de la deshonra, están silenciosas y confundidas (1).

¡Oh! ¡Cómo aparece hoy la Justicia divina en toda su luminosa claridad!..... El carácter de esa honesta dama que llamaban extraño y excéntrico, no era más que la profunda habilidad de una sabiduría enteramente cristiana, que aspiraba á apartar de su casa á un tentador insidioso, sin despertar las sospechas de un marido celoso, y evitar odios sangrientos. Bajó la exterioridad más sencilla y más comun, esa jóven encubria un alma grande, un profundo sentimiento de religion, un corazón lleno de generosidad que no respiraba más que amor y celo por Dios, y caridad y ternura para el prójimo. ¡Cuántas limosnas hacía ese hombre que parecía tan duro!..... ¡Cuántas veces de esa casa que pasaba por tan avara, habían salido socorros que, sin dejar huella de su paso, habían ido á consolar en secreto á la indigencia avergonzada de manifestarse!..... ¡Oh! ¡Cuántas obras de caridad realizaba aquella señora que pasaba por tener poco apego á permanecer en su casa!..... ¡Cuántas obras secretas de penitencia practicaba ese hombre de mundo, que parecía tan jovial y tan alegre!..... ¡Cuántas y cuán fervorosas oraciones dirigía á Dios aquella jóven tan elegante!..... ¡Cuántos martirios sufrieron en secreto esas otras, en el recinto de sus moradas, por conservar y defender su honor y su virtud!..... Ahora se ve que era un casto José ese jóven, que consiguieron hacer pasar por un impúdico. Era una casta Susana la que pasó por adúltera. Era un gran

(1) Muta fiunt labia dolosa quæ loquebantur adversus justum iniquitatem. (Ps. xxx.)

santo un hombre que fué desacreditado por hipócrita. Si éste perdió un empleo, si aquél una grande protección, si ese otro su fortuna, fué porque no quiso traficar con el honor de su compañera, vulnerar la justicia, ó cooperar á la iniquidad de otro por la opresion. ¡Cuán hermoso es el ver en los santos tanta humildad al lado de tanta ciencia, tanta moderacion entre tanta riqueza, tanta modestia en medio de tantas grandezas, tanto pudor unido á tanta belleza, tanto desprecio de sí unido á tantos atractivos, tanta fe en medio de tanta corrupcion!..... ¡Cuán hermoso es el ver tantos sentimientos generosos, tantos deseos sublimes, tantos esfuerzos heróicos de virtudes, apénas brotados en un corazon y al instante mismo sepultados en un impenetrable secreto; todas las virtudes del santuario entre la disipacion y los escándalos del siglo profano!..... ¡Oh! ¡Años pasados en la indigencia, en la persecucion, en la humillacion, en el dolor, cuán bien recompensados sois en un solo dia!..... ¡Qué más dulce compensacion para los justos, que el tener hoy por admiradores á los mismos censores de su virtud!..... ¡Qué el encontrar escritos en caracteres de oro en el libro de vida sus nombres, envueltos en otro tiempo en la oscuridad y en la infamia por la injusticia del mundo; que el verse constituidos jueces de los mismos hombres que en sus juicios fueron tan poco equitativos para con ellos! Y despues de haber sido hollados por los impíos, el verse elevados hoy sobre tronos, para hollar á su vez con sus plantas á los impíos más famosos, y á los malvados más insignes, de la misma manera que se pisa el polvo y el barro (1)!..... ¡Oh! ¡Cuán hermoso será encontrarse en ese dia entre vuestros fieles amigos! ¡Gran Dios!..... ¡Qué gloria!..... ¡Qué triunfo tan brillante!..... ¡Qué majestad de mando!..... ¡Qué poderío de autoridad!..... ¡Habeis honrado mucho á vuestros amigos, Dios mio!..... ¡Habeis asegurado fuertemente su dominacion! (2).....

SEGUNDO PUNTO. Pero á la manifestacion clara, luminosa é invencible de la maldad de los pecadores, y de la santidad de los justos, Jesucristo, como en otra parte lo habia revelado, aña-

(1) Calcabitis impios, cum fuerint cinis sub planta pedum vestrorum. (*Matth.*, iv.)

(2) Nimis honorati sunt amici tui, Deus, nimis confortatus est principatus eorum. (*Ps.* xxxviii.)

dirá las alabanzas y las reprensiones, como tambien la proclamacion de las recompensas y de los castigos. Ese rey de la parábola evangélica que reprende y vitupera á sus servidores negligentes y rebeldes (1), que convierte en pruebas de culpabilidad todo cuanto se atreven á decir para su justificacion (2), que manda despojarlos de todo y darlos muerte á su presencia (3), es el mismo Jesucristo, que volviéndose hácia los pecadores, que temblorosos se hallan colocados en fila á su izquierda, los dirá: ¿Me reconocéis ahora? Judíos, incrédulos, ese Jesús cuyo carácter de Mesías y de Redentor no quisisteis reconocer, y cuyas divinas revelaciones no quisisteis admitir, soy Yo. ¿Qué podeis alegar en vuestra defensa? Decid, decid, si teneis alguna excusa legítima (4). Diréis tal vez que habeis nacido en las tinieblas de la gentilidad, en las preocupaciones del judaismo, ó en los errores de la herejía? Pues, siervos culpables, eso es precisamente lo que motiva vuestra condenacion. Esas mismas tinieblas tan densas y tan palpables, ¿no debian decidiros á buscar la luz? Y si la hubieseis buscado, las mismas preocupaciones cuyo vergonzoso origen conociais, los vicios de los fundadores de falsas religiones, cuya historia escandalosa no os era desconocida, ¿no debian abriros los ojos y haceros ver que no estabais en lo verdadero?..... ¡Ah!..... Estuvisteis en el error, os complacisteis en él, ¿y os obstinasteis en perseverar en él?..... Hicisteis marchar siempre delante de vosotros la mala fe, la impostura, el doblez, el interes de vuestras pasiones, y las hicisteis prevalecer en el exámen de las cuestiones religiosas. Luégo, para satisfacer vuestras pasiones, comenzasteis á perseguir mi enseńanza, mi ley y mi Iglesia, en vez de estudiar su verdad, su doctrina y sus fundamentos. Por otra parte, ¿no hice brillar ante vuestros ojos mi religion con un doble resplendor, por los milagros que hacian mis predicadores, y por los prodigios de virtud que practicaron mis discípulos? ¿No coloqué á vuestro lado los cristianos católicos, para hacéroslos conocer? ¿No hubierais debido aprovechar mi benévola revelacion, haciéndola fructificar por la industria

(1) Serve nequam. (*Luc.*, xix.)

(2) De ore tuo te judico. (*Ibid.*)

(3) Interficite ante me. (*Ibid.*)

(4) Narra, si qui habes ut justificeris. (*Is.*, xliii.)

de la buena fe y de la oracion en el banco de mi Iglesia? ¡Y hoy os encontrarais ricos con las ganancias de mi fe, y con méritos fecundos por mi gracia!..... «¿Por qué, dijo á sus servidores el amo de la parábola, no habeis confiado mi dinero á los banqueros? Cuando yo hubiera vuelto habria recobrado el capital y los intereses» (1).

Y vosotros, católicos; vosotros, colocados por Mí en el seno de la verdadera Iglesia, é iluminados desde la cuna con las luces de la verdadera fe; vosotros, educados en mi escuela, instruidos con mis lecciones, alimentados con mi propia carne, honrados con tantos privilegios y con tantas gracias; vosotros, que en cambio habeis deshonrado mi religion santa con una vida de escándalos; vosotros, que siendo católicos, se os ha visto rivalizar con la perfidia de los herejes, y siendo cristianos sobrepujar en abominacion á los idólatras, ¿qué excusa podeis alegar?..... *Narra, si quid habes ut justificeris.* ¿La ignorancia? ¡Desgraciados!..... ¡Esa misma palabra os condena!..... *Serve nequam, ex ore tuo te judico.*

El infiel podria en algun caso invocar esa ignorancia; pero á vosotros, desde la infancia, os fué intimada mi ley; la oisteis explicar en los catecismos, inculcar en las predicaciones, recordar por los profesores, y recomendar todavía mejor y preconizar por los ejemplos. ¿Alegaréis acaso las tentaciones, los peligros? ¡Ah! ¡Sí, los peligros! ¿No fuisteis vosotros mismos los que los buscasteis? Con un corazon tan débil, con una imaginacion tan ardiente, con una carne tan rebelde, ¿quién os obligaba á frecuentar las reuniones y los espectáculos, á conceder vuestra amistad á compañeros tan perversos, á asociaros con personas de malas costumbres, y á empeñaros en ocasiones cuyas terribles influencias y seducciones hubieran podido hacer caer hasta á los santos? Y en las ocasiones no buscadas por vosotros, ¿no teniais el apoyo de mi auxilio que bastaba invocar? ¿No os di ángeles para guardaros, santos para protegeros, á María, mi Madre, para defenderos, y á mis ministros para dirigiros y sosteneros? ¿Alegaréis la debilidad y las miserias de la naturaleza? ¿No os dejé la oracion para fortaleceros, la penitencia para borrar todas vuestras manchas, el sacrificio para enriqueceros con todo mérito, la confir-

(1) *Quare non posuisti pecuniam meam ad mensam ut cum venissem, cum usuris exegissem illam? (Luc., XIX.)*

macion para poseer toda fuerza, y la Eucaristía para recibir ánimo y consuelo? Pues bien, ¿por qué no hicisteis uso de ellas? ¿Alegaréis los negocios y las ocupaciones del mundo? ¿Pues qué, no sabiais que Yo no os habia colocado en él para gozar del mundo y buscar allí la felicidad, sino únicamente para que os sirvieseis de él? ¿No encontrasteis tiempo, recursos, salud y dinero para los placeres, la ociosidad, las orgías, los espectáculos, las conversaciones inútiles, y, en una palabra, para contentar todas las pasiones? Y para servir á Dios y salvar vuestra alma, ¿no pudisteis disponer de una hora en el dia, ni de un dia de vuestra vida? ¿Cuántos muchos más ocupados que vosotros, más expuestos y más débiles supieron mantenerse firmes contra los peligros, y encontrar tiempo para salvarse? ¡Y vosotros no le hallasteis sino para perderos! Si no teniais nada que darme de vuestro propio fondo, ¿por qué no os aprovechasteis de mis liberalidades, de las virtudes que habiais recibido infusas, de las gracias que os concedí, de las doctrinas que os revelé, y en fin, del perdón que os ofrecí? ¿No teniais á vuestra disposicion el banco de mi Iglesia, en donde podiais hacer valer para la eternidad la gracia de mi fe y el fruto de mis sacramentos? *Quare non posuisti pecuniam meam ad mensam, ut cum venissem, cum usuris exegissem illam?* ¿Objetaréis, en fin, quizá, los pecados una vez cometidos? ¡Ah! ¿Cuántos medios os ofrecí, cuanto tiempo os concedí para que os reconocieseis? Os llamé, y no quisisteis oirme; me acerqué á vosotros, y emprendisteis la fuga; os busqué, y no quisisteis fijar la atencion en Mí; os amenacé, y no os sometisteis; hablé á vuestro espíritu por mis luces, á vuestro corazon por mis inspiraciones, á vuestros ojos por las imágenes de los santos y por los ejemplos de tantas personas virtuosas. Os atraje por los deseos, procuré despertaros con temores saludables y con las amarguras de los remordimientos, puse como en sitio vuestras almas con los beneficios y con los castigos, y nada sirvió para hacerlos retroceder, para subyugaros y convertirlos. No he dejado pasar un dia, una hora, un instante sin concederos alguna nueva gracia de salvacion, y vosotros, en cambio, debiais obstinaros en no dejar pasar un dia y una hora sin cometer algun nuevo pecado digno de la condenacion.

¡Sois, pues, vosotros á quienes no he podido ni ganar por la dulzura, ni vencer por la severidad; pecadores insolentes duran-

te la vida, y desesperados en la muerte! ¡Léjos, pues, de Mí
¡Léjos de Mí! *Discedite à me.* ¿No habeis querido nada de Mí?
Pues bien, no lo tendréis. Me pospusisteis á los placeres más in-
mundos, á las ganancias más viles, á los más miserables intere-
reses; comerciasteis conmigo al más bajo precio. ¡Léjos de Mí,
puesto que no habeis tenido en cuenta ni la sangre que derramé,
ni el bien que queria haceros, ni las recompensas que os prome-
tí, ni los castigos con que os amenazaba! ¡Desechasteis mis
luces, convertisteis en veneno mi carne divina, mis gracias en
ocasion de nuevos pecados, el tiempo y la vida en motivos de
impenitencia! ¡Léjos de Mí! Fui vuestro Dios, y ya no lo soy;
fui vuestro Salvador, y lo fui en vano; fui vuestro fin supremo,
y no lo seré jamas. *Discedite à me!*

¡No quisisteis mi bendicion, pues recibid ahora mi maldicion!
¡No quisisteis mi amor, tomad mi indignacion! ¡No quisisteis
las delicias de mi gloria, tened el fuego eterno del infierno! *In
ignem æternum!* Ese fuego no habia sido encendido para vosotros;
lo habia sido para el ángel apóstata y sus satélites. Pero vos-
otros, que le habeis tenido por dueño, tenedle por tirano, tened-
le por verdugo; seguisteis sus inspiraciones y sus máximas, parti-
cipad ahora eternamente de su pena: «Id al fuego eterno, que
ha sido preparado al demonio y sus ángeles» (1).

En seguida, volviéndose hácia los justos colocados á su dere-
cha: «Y vosotros, les dirá, Lázarus mendicantes, mujeres pia-
dosas, humildes devotos, cristianos pobres á los ojos del mundo,
pero apóstoles celosos, mártires generosos, vírgenes sublimes,
nobles confesores, austeros penitentes, almas elevadas cuya única
pasion fué mi culto, la única práctica mi ley, el único amor el
de mi Persona, la única esperanza el Paraíso, el único tesoro mi
gracia, las únicas delicias mis sacramentos, el único lugar de
recreacion mis templos; por lo que hace á vosotros, no contentos
con respetar y amar á mi Persona, mis Sacramentos, mi Fe y mi
Iglesia, me habeis tambien respetado, amado y socorrido en las
personas de mis pobres y enfermos (2). ¡Oh servidores verdadera-

(1) *In ignem æternum qui paratus est diabolo et angelis ejus. (Matthæus, xxv.)*

(2) *Quamdiu fecisti uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. (Matthæus, xxv.)*

mente fieles, oh amigos verdaderamente afectuosos, regocijaos,
gozad ahora, saltad de alegría! Ha llegado el tiempo de la re-
compensa infinita que os estaba reservada, y con respecto á la
cual, todos vuestros sacrificios, todas vuestras penalidades y todos
vuestros esfuerzos, aunque grandes y heróicos, no son verdade-
ramente nada (1). ¡Benditos seais en vuestros labios que pronun-
ciaron tantas fervorosas oraciones; en vuestro espíritu, que con-
cibió tantos y tan santos pensamientos, y en vuestro corazon, que
fué centro de tantos y tan puros y generosos afectos!... ¡Benditos
seais en vuestros cuerpos, que resistieron tantas mortificaciones!...
¡Benditos seais en vuestros oídos, que escucharon tantas predi-
caciones, y en vuestros piés, que visitaron tantos hospitales y
frecuentaron tantas iglesias!... En una palabra, vosotros, que
habeis sido buenos conforme á la bondad divina, venid conmigo,
sed revestidos y colmados de la bendicion divina que recibiréis
de mi Padre y de Mí: *Venite, benedicti Patris mei.* Sí, venid con-
migo, vosotros, que no habiendo querido más que á Mí solo en
el tiempo, jamas debeis estar separados de Mí durante la eterni-
dad. Vosotros me imitasteis en Belen, vosotros me seguisteis al
Calvario, vosotros compartisteis mis miserias, mis penas, mis
afrentas, mis humillaciones, mis oprobios; venid, pues, á parti-
cipar de mi gloria y de mi felicidad. Poseedores de mi gracia,
sedlo tambien del reino que mi Padre celestial ha preparado
desde el origen del mundo para poseerle sin fin (2).

Al pronunciar esas palabras, ábrense los cielos por todas par-
tes, y un torrente de luz traza á los elegidos la vía triunfal. Al
mismo tiempo, los elegidos, precedidos de la cruz y de Jesucris-
to, que se pone á su cabeza, rodeado de los ángeles que vuelan
en derredor suyo, con palmas en las manos, ceñidos con radian-
tes coronas, circundados de resplandor y de gloria, y brillantes
sus rostros con la más pura alegría, se balancean suavemente en
los aires entonando gozosos coros, dirigen una mirada desdeñosa
á la tierra, la golpean con el pié y se lanzan hácia los cielos.

Mas por el otro lado se abre la horrible sima del infierno, y los
réprobos, innoble é inmundo rebaño, con la confusion en el

(1) *Euge, serve bone, quia in modico fuisti fidelis, etc.*

(2) *Venite, benedicti Patris mei, possidete regnum quod vobis paratum est à constitutione mundi. (Matthæus, xxv.)*

rostro y la desesperacion en el corazon, se desgarran en vano en su furor con sus propios dientes, y lanzan infructuosamente desesperados alaridos; hacinados unos sobre otros, aplastados por el peso de la cólera divina, precedidos de Lucifer, impelidos y rechazados por los demonios, son precipitados en un océano de fuego. El abismo vuelve á cerrarse sobre sus cabezas malditas; el tiempo ha concluido, y comienza para ellos la interminable eternidad de penas y de tormentos; como tambien comienza para los justos la interminable eternidad de alegría y de felicidad: «Aquéllos irán al suplicio eterno, y los justos á la eterna vida» (1).

¡ Oh dia!..... ¡ Oh juicio sin misericordia!..... ¡ Oh proceso sin defensa!..... ¡ Oh acusacion sin réplica!..... ¡ Oh sentencia sin revision!..... ¡ Oh condenacion sin apelacion!..... ¡ Oh pena sin dulcificacion!..... ¡ Oh desesperacion sin consuelo!..... ¡ Oh eternidad sin fin!.....

¡ Desgraciados pecadores!..... ¡ Nuestro desengaño está, pues, reservado para la eternidad!..... Pero no, todavía estamos en la vida, y todavía tenemos tiempo y medios para librarnos de una suerte tan terrible y tan funesta. ¡ Ah! Coloquémonos en el partido de Jesus, de sus verdaderos discípulos, de sus verdaderos sectarios. Separémonos de la ciudad del demonio, de la ciudad del error, del vicio y del pecado. Apresurémonos á salir de Górra ántes que llegue el diluvio de fuego y nos sorprenda. Así, no tendremos que recordar con un tardío é inútil arrepentimiento esta predicacion, tal vez última invitacion de Dios, último llamamiento, gracia final.

(1) Et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam. (Matth., xxv.)

SÉTIMA HOMILÍA.

EL PUBLICANO Y EL FARISEO,

Ó LA HUMILDAD Y EL ORGULLO.

Omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.
(SAN LÚCAS, XXIII.)

Todo el que se eleva será abatido, y el que se abate será elevado.

Del mismo modo que la bondad del árbol se reconoce por la calidad de la fruta que produce, así la divinidad de la religion se halla principalmente atestiguada por la singularidad y la excelencia de las virtudes que persuade. En efecto, una doctrina no puede ménos de ser divina, desde el punto en que produce virtudes, que áun cuando se hagan los mayores esfuerzos, jamas podrán ser el resultado de una doctrina puramente humana.

Por consiguiente, la prueba más fuerte, la prueba más sensible, que está á la vista de todos, y que hasta los más rudos é ignorantes se hallan en estado de pesar y de apreciar, la prueba más universal, la prueba permanente, la prueba perpétua de la divinidad de la religion cristiana, no se apoya tanto en los milagros y en las profecías que la acompañan, como sobre las virtudes más que humanas que produce y que ella sola puede producir; y en realidad, en todos los tiempos y en todos los lugares, los infieles de todas las religiones y de todas las sectas, han concluido siempre de la vida divina de los verdaderos cristianos, la divinidad del Cristianismo.

La primera entre todas esas virtudes, fruto precioso, indicio y prueba á un tiempo mismo de la divinidad de la doctrina cristiana, es precisamente la humildad, virtud de la que las filosofías y las religiones paganas, léjos de haber podido persuadir jamas la prác-